



JANUS 5 (2016) 161-165

ISSN 2254-7290

**Reseña. Pedro Calderón de la Barca, *El príncipe constante*, edición crítica de Isabel Hernando Morata, Madrid-Frankfurt am Main, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2015. 318 páginas**

Daniel Fernández Rodríguez  
Universitat Autònoma de Barcelona (España)  
[daniel.fernandez@uab.es](mailto:daniel.fernandez@uab.es)

JANUS 5 (2016)

Fecha recepción: 19/12/16, Fecha de publicación: 27/12/2016

<URL: <http://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=76>>

**Resumen**

Reseña de la edición crítica de *El príncipe constante* (Calderón de la Barca) a cargo de Isabel Hernando Morata.

**Palabras clave**

Calderón de la Barca, *El príncipe constante*, Teatro del Siglo de Oro, Edición crítica.

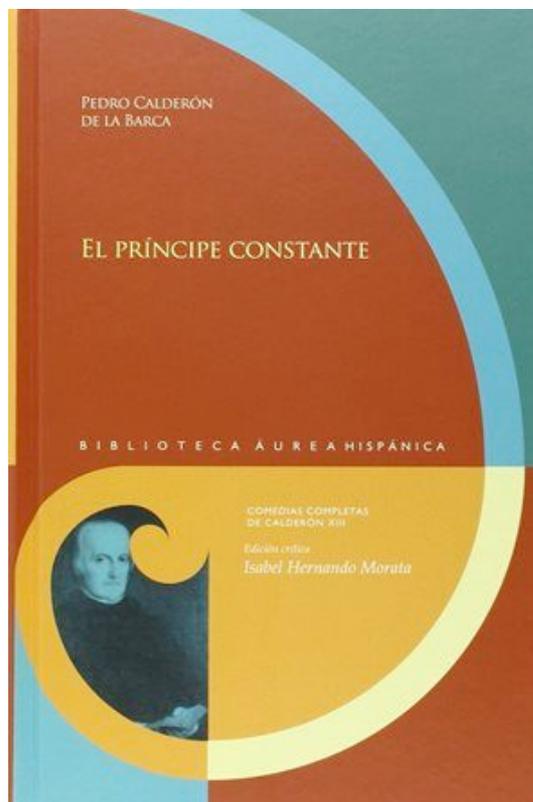
**Abstract**

Review of the critical edition of *El príncipe constante* (Calderón de la Barca) by Isabel Hernando Morata.

**Keywords**

Calderón de la Barca, *El príncipe constante*, Spanish Golden Age Theater, Critical edition





Siempre es bienvenida una nueva edición de alguno de nuestros clásicos, y más si se trata de uno de los grandes y se presenta con el atavío, tan pulcro como acostumbra, de la Biblioteca Áurea Hispánica que dirige Ignacio Arellano desde la Universidad de Navarra. Esta que aquí se reseña corre a cargo de Isabel Hernando Morata, joven calderonista y doctora por la Universidad de Santiago de Compostela.

Considerada como una de las comedias más singulares de Calderón, *El príncipe constante* se estrenó en Madrid en la primavera de 1629. Y no sin un pequeño escándalo, pues el dramaturgo, que no había cumplido aún los treinta años, fue arrestado en su casa a cuenta de unos versos en que se burlaba del estilo altisonante de Hortensio Félix Paravicino, fraile trinitario y orador de renombre, que no dudó en denunciar el agravio.

Etiquetada por algunos como “drama sacro”, el argumento de la obra está tomado de un episodio de la historia de Portugal acaecido en el siglo XV: la expedición del príncipe Fernando, acompañado de su hermano

Enrique el Navegante, con miras a conquistar la ciudad de Tánger. Una expedición que acabó en desastre, pues Fernando fue capturado como rehén y se vio obligado a permanecer en África mientras se negociaban las condiciones de su rescate. No fue posible sin embargo llegar a ningún acuerdo, y el príncipe murió en Fez en junio de 1443. Años más tarde, en 1571, el rey Alfonso V conquistó la ciudad norteafricana de Arcila, tomó como rehenes a la mujer y los hijos del gobernador y obtuvo a cambio las reliquias de Fernando, que fue enterrado en un monasterio en su tierra. Que Calderón recurriera a la historia portuguesa carece de especial relevancia, dado que Portugal formó parte de la corona de Castilla desde 1580 hasta 1640.

Isabel Hernando señala que Calderón se sirvió del *Epítome de las historias portuguesas*, de Manuel Faria y Sousa, como principal fuente para escribir su comedia, y, en contra de lo sostenido por algún crítico, minimiza la influencia de *La fortuna adversa*, comedia atribuida a Lope de Vega, con la que presenta algunas similitudes.

Estructuralmente, observa la editora en su introducción, se distinguen dos tramas que se van entrelazando, una principal, protagonizada por Fernando, y otra secundaria en torno al amor de Fénix, hija del rey de Fez, y Muley, uno de sus guerreros. Del protagonista se destaca su proceso de caída, en lo humano y en lo material, al pasar de príncipe a esclavo, en contraste con lo que sucede en el plano espiritual al alcanzar “la cima con su martirio por la fe” (p. 26). Por otra parte, se incluyen unas muy ilustrativas tablas de segmentación organizadas en macrosecuencias y microsecuencias (en las que, además, se anotan los escenarios vacíos), que permiten hacerse cargo de la estructura de la pieza.

Como temas principales, se mencionan el neoestoicismo de raíz senequista —ligado a la mentalidad barroca española del XVII y expresado literariamente mediante el tópico *vanitas vanitatum*, de donde procedería la actitud melancólica de un buen número de personajes—, la muerte y la maurofilia, emparentada esta con la tradición del *Abencerraje*.

En su completa y muy didáctica “introducción literaria”, Isabel Hernando no deja ningún cabo suelto —no en vano, el volumen procede de su tesis doctoral *Edición, anotación y estudio de “El príncipe constante”*, defendida en abril de 2014—, y así se ocupa en sendos apartados del espacio y el tiempo. Del primero subraya que “todos los lugares representados tienen la misma localización geográfica: Fez, sus alrededores y los de la ciudad de Tánger” (p. 31), y apunta el valor simbólico de algunos de ellos, como el jardín, el muladar o la muralla. En cuanto al tiempo, en cuyo uso se pueden percibir atisbos metafóricos en relación con el tema ya mencionado del *vanitas*

*vanitatum*, se destaca el hecho de que son varias las macrosecuencias que transcurren o bien al amanecer o bien a la caída de la tarde.

En contraste con el escaso entusiasmo que *El príncipe constante* despertó en España, particularmente entre los siglos XVII y XIX —en el XVIII, según Menéndez Pelayo, estuvo prohibida su representación—, sorprende la notable recepción alcanzada fuera de nuestras fronteras. Como muestra, la editora llama la atención sobre dos nombres: Goethe y Grotowski. En efecto, el autor de *Fausto* estrenó con gran éxito la obra en el teatro de Weimar en 1811 en una versión realizada a partir de la traducción que Schlegel había publicado dos años antes. Por cierto que tras haberla leído aún en manuscrito, Goethe escribió, en carta dirigida al traductor, estas palabras, reproducidas en la p. 35 de la edición: “Si la poesía desapareciera completamente de este mundo, sería posible reconstruirla sobre la base de esta obra”. El director polaco Jerzy Grotowski, por su parte, otorgó proyección mundial a la comedia calderoniana en su heterodoxa versión del *Teatr Laboratorium* de 1965. Modernamente, también en España las voces críticas han venido a coincidir con las del otro lado de los Pirineos, y bien podría argüirse a tal efecto la de Antonio Machado, nada devoto por otra parte del Barroco, que escribió en *Mairena póstumo*: “como obra de teatro nada hay, acaso, más sólido en nuestras letras que una comedia de Calderón; por ejemplo: *El Príncipe Constante*”.

Pero el verdadero centro de interés de las páginas preliminares radica en el extenso capítulo dedicado al estudio textual. Y no sin lógica y razón, dado que, según apunta la editora en la presentación, “los problemas textuales de la edición *princeps* llegan hasta las prensas contemporáneas” (p. 9). Tras describir con sumo detalle los dieciséis testimonios impresos del siglo XVII y un manuscrito con letra de esa misma centuria, la editora aquilata el valor textual de todos ellos y establece el *stemma* correspondiente. La claridad en la exposición, tan difícil de lograr en asuntos de filiaciones y variantes, es digna de alabanza. Hernando demuestra que el testimonio más cercano a la redacción de Calderón es una suelta —sin pie de imprenta— incluida en un tomo facticio de la *Sexta parte* de las *Escogidas* custodiado en la Universitätsbibliothek de Friburgo, texto base de la presente edición. Esta suelta presenta no obstante varios errores, que la editora trata de subsanar o bien mediante las lecturas de otros testimonios o bien *ope ingenii*. Tanto el estudio textual como el aparato crítico y el texto de la comedia dan cuenta de una labor muy pulida y meticulosa.

Por lo demás, en el haber de esta edición ha de figurar necesariamente la profusión de notas, muy detalladas, que responden a un propósito deliberado de aclarar y glosar “todo lo que puede constituir un obstáculo para la comprensión del texto así como lo que puede mejorar su

entendimiento” (p. 90). La editora, sin embargo, no sucumbe en ningún momento a la erudición forzada ni al acopio inútil de datos, lo cual también es de agradecer. Tras el texto crítico con las pertinentes notas explicativas, se ofrece el aparato crítico con las variantes de todos los testimonios del siglo XVII, y cierra el volumen un provechoso índice de voces anotadas.

En definitiva, Isabel Hernando nos presenta una edición cuidada y rigurosa desde el punto de vista filológico, y clara y provechosa para cualquier lector, de uno de los clásicos de Calderón, *El príncipe constante*.